

Con extraordinario apresuramiento acudieron al pretorio; pero los gritos de los que pedían el combate no dejaron oír ni una palabra de la arenga del general. Cada cual encontraba motivo de animación en el recuerdo del ultraje que había sufrido. Al combate corrieron empujando las enseñas; y en su impaciencia por lanzarse á la liza, no queriendo detenerse en arrojar los dardos para desnudar la espada, todos, como á una señal dada, arrojando al suelo los dardos, se lanzaron sobre el enemigo con la espada en la mano. En aquella ocasión de nada sirvieron la habilidad del general y las acertadas maniobras. La ira del soldado, que le llevaba á una especie de frenesí, lo decidió todo. Así fué que no solamente fueron derrotados los enemigos, sino que, sin atreverse á parar en su campamento, se dispersaron y ganaron la Apulia; sin embargo, llegaron á Luceria reunidos en ejército. Con el mismo ímpetu que les precipitó á través de las filas enemigas, penetraron los romanos en su campamento, derramando allí más sangre y haciendo más estragos que en el campo de batalla é inutilizando en su furor la mayor parte del botín. El otro ejército, á las órdenes del cónsul Papirio, siguiendo las costas marítimas, había llegado á Arpi, atravesando un territorio que no se movió, no porque debiese ningún beneficio al pueblo romano, sino porque odiaban á los samnitas por sus injusticias. Estos, que en aquella época habitaban las montañas, donde se cobijaban en caseríos, devastaban la llanura y las orillas del mar, por el desprecio que ordinariamente tienen los montañeses á los habitantes del llano, cuyo carácter es más dulce y ordinariamente tiene algo del suelo que cultivan. Si aquella comarca hubiese sido fiel al partido de los samnitas, el ejército romano se habría encontrado en la imposibilidad de llegar á Arpi ó de mantenerse allí; porque detenidos sus convoyes en el inter-

valo que separa á Arpi de Roma, le hubiesen reducido á la total carencia de todo. Y cuando partiendo de allí, llegaron los romanos delante de Luceria, experimentaron como sitiadores tantas privaciones como los sitiados. Todo lo sacaban de Arpi, pero en cantidad muy pequeña. La infantería se ocupaba en la custodia de los puestos y de los trabajos, y la caballería sola iba á Arpi á buscar granos y traerlos en saquitos de cuero; algunas veces el encuentro del enemigo obligaba á los jinetes á arrojar la carga para combatir. En cuanto á los sitiados, antes de que llegase el otro cónsul con su ejército victorioso, recibieron de los samnitas por las montañas víveres y refuerzos. La llegada de Publilio disminuyó mucho todos estos recursos; porque dejando á su colega el cuidado de continuar el sitio, empleaba todas sus fuerzas en batir la campiña é interceptar los convoyes del enemigo. No pudiendo esperar que los sitiados soportasen por más tiempo la escasez, los samnitas, que estaban acampados cerca de Luceria, se vieron obligados á reconcentrar sus fuerzas en un solo punto y dar batalla á Papirio.

Quando por ambas partes se preparaban para el combate, llegaron legados de Tarento conminando á los samnitas y á los romanos para que cesasen en la guerra y amenazando á aquel de los dos partidos que continuase las hostilidades con tomar contra él las armas en favor del otro. Después de escuchar Papirio esta legación, fingiendo afectarse por lo que acababa de oír, contestó que conferenciaría con su colega. En seguida, habiendo llamado á éste, en vez de conferenciar acerca de un punto decidido de antemano, empleó todo el tiempo en preparativos y mandó dar la señal de combate. Mientras los cónsules se ocupaban de las ceremonias religiosas y de todas las determinaciones acostumbradas en el momento de una batalla, acudieron



los legados de Tarento, esperando respuesta. Papirio les dijo: «Tarentinos, el pulario anuncia que los auspicios son favorables; además, las entrañas de las víctimas ofrecen felices pronósticos. Ya lo veis: por voluntad de los dioses vamos á combatir.» En seguida mandó avanzar las enseñas y salir las tropas, burlándose de la necia vanidad de un pueblo que, incapaz de gobernarse á sí mismo, á causa de sus discordias y sediciones, se creía con derecho á dictar á los otros la paz ó la guerra. Por su parte los samnitas, que habían descuidado toda precaución, porque deseaban sinceramente la paz ó porque les interesaba hacerlo creer para ganarse la simpatía de los tarentinos, al ver á los romanos avanzar de pronto en orden de batalla, comenzaron á gritar: «Que se atienen á la declaración de los tarentinos; no, no bajarán á combatir; que no saldrán de sus empalizadas; que prefieren verse engañados, sucédales lo que quiera, que aparecer como despreciadores de las proposiciones de paz de los tarentinos.» Los cónsules contestan: «Que aceptan el presagio, que piden á los dioses inspiren á los samnitas la idea de no defender siquiera sus parapetos.» Dividiéndose en seguida las tropas, avanzan hasta el pie del campamento enemigo, y lo atacan á la vez por todos lados; unos ciegan los fosos, otros arrojan en ellos las empalizadas arrancadas; impulsados todos, no solamente por su natural intrepidez, sino que también por la cólera que impulsa sus corazones, heridos por el ultraje, se precipitan en el campamento: un solo grito brota por todos lados: «No son estas las Horcas, no es Caudio, ni aquellas gargantas sin salida, donde con tanto orgullo triunfó la astucia de la imprudencia; pero ahora ha llegado la vez al valor romano que no detendrán fosos ni empalizadas.» Exterminan igualmente á los que resisten y á los que huyen, á los que no tienen armas como á los ar-

mados, á los esclavos y á los hombres libres, á los niños y á los jóvenes, y ningún ser viviente habría escapado si los cónsules no hubieran mandado tocar retirada y empleado autoridad y amenazas para hacer salir del campamento á los soldados ebrios de sangre. Como les irritaba que les arrebatasen las dulzuras de la venganza, les arengaron para hacerles comprender: «que los cónsules no cedian ni cederían á ningún soldado en odio al enemigo; que lo mismo que les habían llevado al combate, les hubiesen llevado á la venganza, á no detener su ardor la consideración de los seiscientos caballeros retenidos como rehenes en Luceria, y si no hubiesen temido que, reducido á la desesperación el enemigo y cegado por la ira, se revolviere contra aquellos desgraciados, gozando en dar la muerte antes de recibirla.» Los soldados aplaudieron estas razones y hasta se alegraron de que hubiesen contenido su cólera, diciendo en voz alta que era necesario soportarlo todo antes que poner en peligro aquella hermosa porción de la juventud romana.

Disuelta la asamblea, se celebró un consejo para decidir si se atacaría con todas las fuerzas á Luceria ó si uno de los dos ejércitos, guiado por su cónsul, marcharía á hacer una tentativa en la Apulia, cuyas disposiciones habían parecido muy equívocas hasta entonces. Partiendo el cónsul Publilio para recorrer la Apulia, sometió por fuerza en una sola expedición muchos pueblos, ó les admitió, bajo condiciones, á la alianza con los romanos. Papirio por su parte, que había quedado para sitiar á Luceria, no tardó en ver corresponder el resultado á sus esperanzas; porque habiendo hecho vigilar todos los caminos por donde llegaban víveres de Samnio, dominados por el hambre los samnitas que guarnecían la plaza, enviaron legados al cónsul romano invitándole á levantar el sitio en cuanto le en-



tregasen los caballeros que eran la causa de la guerra. Papirio les contestó: «Que debían haber consultado á Poncio, hijo de Herennio, por cuyo consejo hicieron pasar á los romanos bajo el yugo, para saber qué tratamiento creía que debía darse á los vencidos; pero ya que habían preferido dejar al enemigo el cuidado de hacerles justicia, que hacérsela ellos mismos, les manifestaba que anunciasen en Luceria que tenían que dejar en la plaza las armas, los bagajes, los caballos y todo lo que no se encontraba en estado de llevar las armas; en cuanto á los soldados les haría pasar á todos bajo el yugo, con un solo vestido, para vengar la ignominia que ellos hicieron sufrir y que, en último caso, no era él el primero que la imponía.» Nada rehusaron: siete mil soldados pasaron bajo el yugo; recogieron en Luceria inmenso botín; recobraron todas las enseñas y todas las armas que los soldados habían perdido en Caudío; y lo que causó más alegría que todo lo demás, libertaron los seiscientos caballeros que los samnitas habían enviado á Luceria para que los guardara allí como rehenes de la paz. Tal vez no se debió nunca victoria tan brillante del pueblo romano á tan repentino cambio de fortuna, porque veo en algunos anales que Poncio, hijo de Herennio, general de los samnitas, para expiar la ignominia de los cónsules, pasó también bajo el yugo con los otros. Por lo demás, menos extraño parece que no se sepa bien si fué entregado el jefe enemigo y pasó bajo el yugo: lo más extraordinario es que se dude si fué el dictador Lucio Cornelio, con el jefe de los caballeros L. Papirio Cursor, quien consiguió en Caudío y luego en Luceria todos estos triunfos, y que después de vengar él solo el oprobio del pueblo romano, recibió los honores del triunfo, tal vez el decretado con más justicia hasta entonces, después del de Furio Camilo, ó si la gloria pertenece á

los cónsules, especialmente á Papirio. A esta duda se añade otra: tampoco se sabe si en los comicios siguientes fué Papirio Cursor el que por su victoria sobre Luceria continuó en su cargo, nombrándosele cónsul por tercera vez con Q. Aulio Cerretano, ó si fué L. Papirio Mugilano, habiéndose equivocado el nombre. Lo averiguado es que á partir de esta época los cónsules terminaron la guerra. Aulio la puso fin con un solo combate contra los forentanos, que deshizo completamente, recibiendo en avenencia la ciudad á que se había refugiado el ejército batido después de exigirles rehenes. No tuvo menos fortuna el otro cónsul contra los satricanos, que eran ciudadanos romanos (1), quienes después del desastre de Caudío se pasaron á los samnitas, recibiendo en su ciudad guarnición de este pueblo. Cuando el ejército llegó bajo los muros de Satricó, enviaron legados para suplicar la paz al cónsul, quien les contestó de esta terrible manera: «Que á menos que degollasen ó entregasen la guarnición samnita, no volviesen á su presencia.» Estas palabras aterraron á la colonia más que la aproximación de las armas romanas. Los legados insistieron con el cónsul, preguntándole cómo creía que un corto número de veteranos desarmados, podía apoderarse de una guarnición tan fuerte y bien armada. El cónsul los despidió, enviándoles á consultar á los que les habían aconsejado recibir la guarnición en su ciudad. Con sumo trabajo consiguieron de él poder deliberar con su Senado y regresar á enterarle del resultado, volviendo en seguida á la ciudad. El Senado se dividió en dos partidos: uno capitaneado por los autores de la defección; el otro formado de ciudadanos fieles á Roma. Sin embargo, unos

(1) Ignórase en qué época se hicieron ciudadanos romanos. La ciudad de Satricó no existía ya en tiempo de Plinio.



y otros, para obtener la paz, se apresuraron á servir al cónsul. Pero como la guarnición samnita, que no tenía nada preparado para sostener un sitio, se disponía á salir en la noche siguiente, uno de los partidos creyó bastante enterar al cónsul á qué hora de la noche y por qué puerta saldría el enemigo y qué camino tomaría; el otro partido, contra cuya opinión se habían pasado á los samnitas, durante la misma noche abrió una puerta al cónsul y recibió secretamente en la ciudad romanos armados. Gracias á esta doble traición, los samnitas fueron atacados de pronto por los romanos, que se habían ocultado en los bosques, cerca del camino, mientras los otros ocupaban la ciudad lanzando fuertes gritos. En el espacio de una hora fueron destrozados los samnitas, tomado Satrico y quedando todo en poder del cónsul. Papirio mandó procesar á los autores de la defección, y á cuantos encontró culpables los hizo azotar y decapitar; después, dejando en la ciudad fuerte guarnición, desarmó á los satricanos. Entonces regresó á Roma Papirio Cursor para recibir allí el triunfo, según testimonio de los mismos historiadores, que atribuyen á este general el honor de haberse apoderado de Luceria y haber hecho pasar á los samnitas bajo el yugo. Indudable es que no hubo gloria militar que no mereciese aquel varón, que á grande vigor de espíritu, reunía extraordinaria fuerza corporal. Su agilidad especialmente era poderosa, y á esto debe su sobrenombre de Cursor (Corredor), no pudiendo ningún contemporáneo suyo, según se dice, igualarle en la carrera; y fuese por la fuerza de su temperamento, ó resultado de un ejercicio continuo, nadie comía ni bebía más que él. Como era infatigable en el trabajo, nunca fué tan rudo el servicio militar para la infantería lo mismo que para la caballería como bajo su mando. Los jinetes le pidieron un día que en recompensa del triunfo que acaba-

ban de obtener aliviase algo sus trabajos. «Para que no digáis que no os dispense nada, les contestó, os dispenso de pasar la mano por la grupa de vuestros caballos cuando desmontáis.» Ejercía la autoridad del mando con extraordinaria energía, tanto contra los aliados como contra los ciudadanos. Un pretor de Prenesto (1) dudó por temor hacer avanzar sus fuerzas de reserva á la primera línea. Paseando Papirio delante de su tienda le hizo llamar, y mandó al lictor que preparase el hacha. Al oír estas palabras, el pretor quedó inmóvil de miedo: «Vamos, lictor, dijo Papirio, corta esa raíz incómoda para el que pasea.» Después de aterrar de esta manera al pretor con la idea del último suplicio, le impuso una multa y le despidió. Seguramente, de aquel siglo, el más fecundo de todos en grandes hombres, no hubo quien ofreciese apoyo más sólido al poder romano, llegando á asegurar que no hubiese cedido ni al Grande Alejandro, ni en talento ni en valor, si este príncipe, después de conquistar el Asia, hubiese vuelto sus armas contra Europa.

Hase podido ver que desde el principio de esta obra he procurado no separarme más de lo necesario del orden de los sucesos, ni buscar por medio de digresiones variedad en el relato, con objeto de distraer agradablemente á los lectores por medio de amenos rodeos y dar descanso á mi espíritu. Sin embargo, al nombrar tan gran rey y tan gran general, me siento movido á consignar aquí algunas reflexiones que más de una vez han ocupado secretamente mi pensamiento. Séame, pues, permitido examinar cuál hubiese sido para el poder romano el resultado de una guerra si hubiera tenido que luchar con

(1) Este pretor no era el magistrado municipal de Prenesto que en esta época no había sido elevada aún al rango de municipio; era el jefe militar de las cohortes auxiliares de los prenestinos en el ejército romano.



Alejandro. Lo que más parecía contribuir al éxito del combate era el número y el valor de los soldados, la habilidad de los generales y, en fin, la fortuna, cuya influencia tan grande es en los asuntos humanos y sobre todo en la guerra. Ahora bien: atendiendo á estas razones separadamente y en su conjunto, el imperio romano no hubiese sido menos invencible para Alejandro que para los demás reyes y naciones. En primer lugar, comenzando por la comparación de los jefes, no negaré seguramente que Alejandro fué un gran general; sin embargo, lo que le da más esplendor es haber mandado solo, haber muerto joven, cuando iban en aumento sus prosperidades y antes de experimentar la inconstancia de la fortuna. No mencionando otros reyes y otros generales que han sido grandes ejemplos de las vicisitudes humanas, á aquel Ciro, tan célebre para los griegos, ¿qué otra cosa sino su larga vida le expuso á los caprichos de la fortuna, como al gran Pompeyo en sus últimos tiempos? Consideremos ahora los generales romanos, no todos los de todas las épocas, sino solamente aquellos que podían ser cónsules ó dictadores en el momento de la guerra con Alejandro: M. Valerio Corvo, C. Marcio Rutilo, C. Sulpicio, T. Manlio Torcuato, Q. Publilio Filo, L. Papirio Cursor, Q. Fabio Máximo, los dos Decios, L. Volumnio y M. Curio. Más adelante hubiese encontrado también grandes hombres por adversarios si hubiese hecho la guerra á los cartagineses antes de hacérsela á los romanos, y si solamente en su vejez hubiese pasado á Italia. Entre todos los que acabo de nombrar no hay uno en el que no se encuentren los rasgos del valor y del gran carácter de Alejandro; añadid á estas cualidades la disciplina militar, que transmitida de unos á otros desde el origen de Roma, había llegado á formar entre los romanos un arte sujeto á principios invariables. Estos principios eran los que

los reyes siguieron en sus guerras, los que observaron después los autores de su expulsión, los Junios y los Valerios, y más adelante los Quincios, los Cornelios, y en seguida Furio Camilo, á quien conocieron en su ancianidad todos estos jóvenes que habrían opuesto á Alejandro. En el combate desplegaba Alejandro toda la intrepidez del soldado, y no es este uno de sus menores títulos de gloria; pero colocado en un campo de batalla frente á Manlio Torcuato ó á Valerio Corvo, ¿hubiese hecho retroceder á estos guerreros, ilustres como soldados, antes de serlo como generales? ¿Hubiese hecho retroceder á los Decios, que se sacrificaron y precipitaron en medio de las filas enemigas? ¿Hubiese hecho retroceder á Papirio Cursor, dotado de tanta fuerza de cuerpo y de ánimo? ¿Hubiese sido aquel joven solo superior en sabiduría á todo el Senado, por no citar á todos sus miembros, del que solamente formaba cabal idea el que lo representaba «como una asamblea de reyes?» ¿Era de temer que Alejandro mostrase más habilidad que cualquiera de los que acabo de nombrar para elegir sus campamentos, hacer subsistir sus tropas, precaverse de las emboscadas, para aprovechar el momento de una batalla, para dirigir bien sus operaciones, para secundarlas con toda especie de recursos? No hubiese dejado de decir que no tenía que habérselas con un Darío, arrastrando en pos de sí un ejército de mujeres y de eunucos, afeminado entre la púrpura y el oro, cargado con todos los atavíos de su grandeza, pareciendo más bien una presa que un enemigo, y al que Alejandro venció sin combatir, y sin otro mérito que el de haberse atrevido felizmente á arrostrar un vano aparato. La Italia le hubiese parecido muy diferente de la India, que recorrió al frente de un ejército ebrio y en continuos desórdenes, cuando hubiese visto las gargantas de la Apulia, los montes lucanos y las recientes hue-



llas del desastre de su propia familia, en aquellos pára-  
rajes donde su tío Alejandro, rey de Epiro, acababa de  
morir. Y hablo de Alejandro cuando aún no estaba embria-  
gado por la prosperidad, que nadie supo soportar me-  
nos que él. Si se le considera por la disposición de áni-  
mo en que le colocó su nueva fortuna y el carácter que  
le dieron sus victorias, hubiese llegado á Italia mucho  
más semejante á Darío que á Alejandro, y hubiese  
traído un ejército olvidado de la Macedonia y degenera-  
do por la adopción de las costumbres persas. Con dis-  
gusto recuerdo en aquel gran rey el desdén que le hizo  
cambiar de traje, los homenajes de adulación que que-  
ría le tributasen prosternándose hasta el suelo, homena-  
jes que hubiesen sido insoportables para los macedóni-  
os vencidos, y que con mucha mayor razón lo eran  
para los macedonios vencedores; aquellos espantosos  
suplicios que ordenaba, aquellos asesinatos de sus ami-  
gos en medio del regocijo de los festines, aquella vani-  
dad que le llevaba á decirse falsamente de raza divina.  
¿Qué digo? Si se hubiese decidido más y más su afición  
al vino, y si sus arrebatos de cólera hubiesen sido más  
violentos y más terribles (nada digo que no esté atesti-  
gnado por los historiadores), ¿puede creerse que tales  
vicios no hubieran perjudicado á sus talentos militares?  
¿Pero podía temerse quizá, como repiten algunos grie-  
gos, cuya opinión tiene poco peso, y que además celé-  
bran hasta la gloria de los parthos en detrimento del  
nombre romano, podía temerse quizá que los romanos  
no pudiesen resistir ante la majestad del nombre de  
Alejandro (del que creo que no oyeron hablar), y que  
un hombre, contra quien en Atenas, que había pasado  
á ser conquista de las armas macedonias, cerca de Te-  
bas, cuyas ruinas humeantes aún podía ver, se atreve-  
ría á hablar libremente en las asambleas (como lo prue-

ban las oraciones que se conservan de aquella época),  
este hombre no hubiese encontrado entre los romanos  
de rango distinguido un adversario, una voz libre y al-  
tiva que se alzase contra él? Cualquiera que sea la idea  
que se forme de la grandeza de Alejandro, no será, sin  
embargo, más que grandeza individual y el resultado  
de poco más de diez años de prosperidades. Los que tan  
alto le elevan, por la razón de que el pueblo romano, si  
no ha sido vencido en ninguna guerra, lo ha sido en  
muchos combates, mientras que Alejandro no libró ni  
uno solo en que no le fuese favorable la fortuna, estos  
no consideran que comparan los hechos de la vida de  
un solo hombre, y de un hombre muerto en plena ju-  
ventud, con las acciones de un pueblo que estaba com-  
batiendo ochocientos años ya. ¿Cómo puede extrañar-  
se si cuando por un lado se cuentan más generaciones  
que años por el otro, la fortuna haya cambiado más en  
tan largo espacio de tiempo que en un periodo de trece  
años á lo más? ¿Por qué no comparar hombre con hom-  
bre, general con general, fortuna con fortuna? ¿Cuántos  
generales romanos podría nombrar que jamás experi-  
mentaron reveses en los combates! En los anales y en  
los fastos de los magistrados pueden verse las páginas  
concernientes á los cónsules y dictadores de cuyo valor  
y fortuna no tuvo que quejarse ni un solo instante el  
pueblo romano. Y lo que los hace más admirables so-  
bre Alejandro ó cualquier otro rey, es que algunos sola-  
mente ejercieron diez ó veinte días la dictadura, y nin-  
guno más de un año el consulado; es que en el levanta-  
miento de tropas les oponían dificultades los tribunos  
del pueblo; es que algunas veces partían demasiado  
tarde para la guerra; es que les llamaban demasiado  
pronto los comicios; es que en el momento mismo de  
sus mayores esfuerzos terminaba su anualidad; es que  
en tanto la temeridad de un colega, en tanto su malevo-



lencia entorpecía ó destruía sus operaciones; es que algunas veces sucedían á hombres que habían dirigido mal los asuntos; es que frecuentemente recibían un ejército bisoño ó mal disciplinado. Los reyes, por el contrario, libres de todos estos entorpecimientos, dueños de las cosas y de los momentos, lo arrastran todo por su voluntad, sin doblegarse á la de los otros. Alejandro hubiese hecho, por consiguiente, la guerra contra generales que, como él, no habían sido vencidos, y no hubiese llevado á la lucha otras probabilidades de triunfo que las que aquéllos llevasen. Y hasta hubiese sido tanto más peligrosa la prueba para él, cuanto que los macedonios hubiesen tenido solo al que no solamente estaba expuesto á todos los azares de la guerra, sino que además los buscaba; mientras que los romanos hubiesen podido oponer á Alejandro multitud de concurrentes iguales suyos en gloria, en grandeza de hazañas, y cuya vida ó muerte solamente habría influido en sus destinos personales, sin detrimento de los públicos.

Solamente queda que comparar las tropas, sea por la calidad de los soldados, sea por el número, sea por el de sus auxiliares. Los censos hechos en cada lustro de aquella época daban doscientos cincuenta mil ciudadanos. Así fué que en todo el tiempo que duró la defección de los latinos, Roma suministró casi sola diez legiones. En esta época hubo frecuentemente cuatro ó cinco ejércitos que hacían la guerra en Etruria, en la Umbria contra los galos, y en el Samnio contra los lucanos. Auxiliares eran todo el Lacio con los sabinos, los volscos, los equos, la Campania entera, una parte de la Umbria y de la Etruria, los picentinos, los marsos, los pelignos, los vestinios, los apulios; añadiendo á éstos toda la costa de la Grecia mayor, desde Turio hasta Nápoles y Cumas, y desde aquí hasta Anzio y Ostia. Ale-

jandro no hubiese encontrado entonces en los samnitas más que poderosos aliados de Roma ó enemigos extenuados por la guerra. El mismo no hubiese pasado el mar con más de treinta mil infantes de sus antiguas bandadas macedónicas y cuatro mil hombres de caballería, tesalios la mayor parte, que formaba toda la fuerza de su ejército. Si les hubiese añadido los persas, los indios y otros pueblos del Asia, hubiese arrastrado en pos más impedimenta que socorro. Añádase que los romanos, encontrándose en su casa, habrían tenido auxilios á la mano; mientras que Alejandro (como más adelante ocurrió á Aníbal), haciendo la guerra en país extranjero, hubiese visto debilitarse su ejército con el tiempo. Los macedonios llevan por armas escudo pequeño y pica; el escudo de los romanos, siendo más ancho, cubría mejor el cuerpo, y su *pilum* era una especie de dardo que hería más fuertemente y alcanzaba más que la javalina. Una y otra infantería peleaba á pie firme conservando la alineación. Pero la falange macedonia estaba inmóvil y solamente la formaba una clase de combatientes; las legiones romanas, por el contrario, menos uniformes, se componían de varias clases de soldados, que fácilmente se dividían ó reunían según la necesidad. ¿Y cuánto valía para el trabajo el soldado romano? ¿Quién resistía mejor la fatiga? Vencido Alejandro en un solo combate, vencido quedaba para siempre. ¿Qué pérdida de batalla habría abatido á los romanos, cuyo valor no pudieron menoscabar las jornadas de Caudio y de Cannas? Aunque Alejandro hubiese conseguido triunfos al principio, frecuentemente habría echado de menos á los persas, á los indios, y aquella Asia tan poco adecuada para la guerra; habría dicho que hasta entonces solamente había combatido con mujeres; como, según se refiere, aquel otro Alejandro, rey de Epiro, cuando herido por el golpe de que murió,



comparaba el resultado de las guerras de este joven en Asia con la que él había emprendido. A la verdad, cuando considero que la primera guerra púnica costó veinticuatro años de combate por el mar con los cartagineses, quedó persuadido de que apenas habría bastado para una sola guerra la vida de Alejandro. Quizá también, uniendo entonces antiguos tratados los intereses de los cartagineses con los de los romanos, y armando el interés propio contra el enemigo común dos ciudades tan poderosas y guerreras, Alejandro habría quedado abrumado á la vez por las fuerzas de Cartago y las de Roma. A la verdad, no fué bajo el mando de Alejandro ni en el tiempo de su esplendor cuando los macedonios guerrearon con los romanos; sin embargo, macedonios eran los que encontraron los romanos en sus guerras contra Antioco, contra Filipo y contra Perseo, guerras que sostuvieron no solamente sin experimentar descalabros, pero ni siquiera con peligro grave. Preseñdiendo de parcialidad y haciendo abstracción de las guerras civiles, nunca nos causaron inquietud caballería enemiga, infantería, batalla campal, ni posición favorable ó igualmente ventajosa por ambas partes. La caballería, las flechas, los desfiladeros impracticables, los parajes inaccesibles á los convoyes pueden ser objeto de temor para el soldado romano tan pesadamente armado; pero mil cuerpos de batalla, más temibles que el de los macedonios mandados por Alejandro, hubiesen sido derrotados por él y lo serán siempre, con tal, sin embargo, que el amor á la paz interior de que gozamos se conserve entre nosotros y que cuidemos de mantener la concordia entre los ciudadanos.

Los cónsules siguientes fueron M. Foslio Flaccinator y L. Plaucio Venno. En este año llegaron legados de casi todos los pueblos del Samnio con encargo de renovar los tratados. Aquellos legados se prosternaron has-

ta el suelo y conmovieron al Senado; remitidos al pueblo, sus ruegos estuvieron muy lejos de ser igualmente eficaces. Negóseles, pues, el tratado, y solamente, gracias á las súplicas con que durante muchos dias fatigaron á cada ciudadano en particular, obtuvieron dos años de tregua. En la Apulia, los habitantes de Teano y de Canusio, desalentados por la devastación de su territorio, entregaron rehenes al cónsul L. Plaucio y se sometieron á los romanos. Por primera vez se crearon prefectos en este mismo año para que fuesen á Capua á administrar justicia según las leyes redactadas por el pretor L. Furio; los mismos capuanos habían hecho la petición, considerando aquellos magistrados y aquellas leyes como el único remedio á las disensiones intestinas que les minaban. En Roma se aumentaron dos tribus, la Ufentina y la Falerina. Una vez impreso el primer movimiento á la Apulia, los teatos, otro pueblo apuliano, envió legados á los nuevos cónsules C. Junio Bubulco y Q. Emilio Barbula para pedirles un tratado de alianza, comprometiéndose á llevar toda la Apulia á la paz con el pueblo romano. Consumada la sumisión de la Apulia (porque Junio se había apoderado de Forento, otra plaza fuerte), marcharon contra los lucanos, y llegando de pronto el cónsul Emilio, tomó por la fuerza la ciudad de Nérulo. Cuando la fama llevó á los aliados la noticia de que se había restablecido el orden en Capua por la disciplina romana, los anziatos, que se quejaban también de no tener leyes fijas ni magistrados, consiguieron del Senado patronos nombrados de la misma colonia para darles leyes; de esta manera se propagaban á lo lejos no solamente las armas, sino que también las leyes romanas.

Al terminar el año los cónsules C. Junio Bubulco y Q. Emilio Barbula entregaron las legiones, no á los cónsules creados por ellos, Sp. Naucio y M. Popilio, sino



al dictador L. Emilio. Habiendo emprendido éste con L. Fulvio, su jefe de los caballeros, el sitio de Saticula, suministró pretexto á los samnitas para tomár de nuevo las armas. Doble alarma tuvieron entonces los romanos; por un lado los samnitas, que habían reunido un ejército numeroso para librar del sitio á sus aliados, vinieron á acampar cerca de los romanos; por el otro los saticulanos, abriendo de pronto sus puertas, cayeron sobre los puestos romanos, produciendo inmenso tumulto; en seguida los unos y los otros se enardecieron, más con la esperanza de ser socorridos que con la confianza en sus propias fuerzas, trabándose formal combate, en el que se vieron muy estrechados los romanos. Aunque el resultado de la lucha fué dudoso, el dictador resistió en todos los puntos. Además de que había ocupado una posición en que no era fácil envolverle, hizo frente por diferentes lados á la vez; desplegando más vigor contra los saticulanos, que habían hecho una salida, consiguiendo, sin gran trabajo, rechazarlos á sus murallas. Entonces volvió todas sus fuerzas contra los samnitas, encontrando en ellos mayor resistencia; sin embargo, aunque tardía, no fué incierta ni equívoca la victoria. Rechazados los samnitas á su campamento, apagaron las hogueras y se retiraron furtivamente de noche; y renunciando después á la esperanza de defender á Saticula, para causar igual disgusto al enemigo marcharon á sitiar Plistia, ciudad aliada de los romanos.

Terminado el año, fué encargado de continuar la guerra otro dictador, Q. Fabio, quedando en Roma los nuevos cónsules como los anteriores. Fabio marchó á Saticula con algunos refuerzos para recibir de Emilio el mando del ejército. Los samnitas no habían permanecido delante de Plistia; en cuanto recibieron de su país nuevas tropas, fuertes con el número, vinieron á acam-

par en el mismo punto, y hostigandó incesantemente á los romanos, se esforzaron en distraerlos del sitio. El dictador fijó más la atención en la ciudad enemiga; porque no veía de la guerra más que el sitio que sostenía. Cuidándose poco de los samnitas, contentábase con tener por aquel lado algunas guardias para impedir que le atacasen en el campamento. Los samnitas, con mayor audacia, hacían avanzar su caballería hasta las mismas empalizadas, no dando punto de reposo á los romanos. Encontrábase ya el enemigo en el instante de entrar en el campamento, cuando el jefe de la caballería Q. Aulio Cerretano, sin consultar al dictador, salió estrepitosamente con todas las turmas y rechazó al enemigo. En el género de combate que menos campo deja á la impetuosidad, plugo á la fortuna demostrar su poder en uno y otro bando por medio de pérdidas lamentables y la muerte de los generales. El de los samnitas primero; viendo con pena que después de haber avanzado tanto, se veía obligado á retroceder y á huir, conjura, exhorta á sus jinetes y consigue volverlos al ataque. Mientras que se distingue en medio de los suyos por su valor, el general de la caballería romana corre sobre él lanza en mano á toda la velocidad de su caballo; y de un solo bote le desmonta, arrojándole sin vida. Lejos de desalentarse con la muerte del jefe, sus soldados se encarnizan más. Todos los que le rodeaban lanzan una nube de dardos contra Aulio, metido temerariamente entre las turmas enemigas; pero dejan al hermano del general samnita el honor de vengar su muerte. Este derriba del caballo al jefe de la caballería ya vencedor, y en su rabia le degüella sin compasión, faltando poco para que su cuerpo, que había caído en medio de los jinetes enemigos, quedase en poder de los samnitas. Los romanos echan pie á tierra, y los samnitas se ven obligados á hacer lo mismo. Entonces, en



derredor de los cadáveres de los generales, se traba un combate de infantería, en el que era incontestablemente superior el soldado romano. Recobróse el cadáver de Aulio, y los vencedores le llevaron á su campamento con alegría mezclada de tristeza. Los samnitas, después de perder su general y haber ensayado sus fuerzas en un combate de caballería, renuncian al sitio de Satícula, que desesperan de poder salvar, y marchan á emprender de nuevo el sitio de Plistia. Al cabo de algunos días Satícula se rindió á los romanos, y los samnitas tomaron por asalto á Plistia.

Desde entonces cambió el territorio de la guerra, dirigiéndose las legiones á Sora desde el Samnio y la Apulia. Sora había adoptado la causa de los samnitas después de degollar á los colonos venidos de Roma. El ejército romano, en la impaciencia de vengar la matanza de sus ciudadanos y de recobrar aquella colonia, se adelantó con marchas forzadas al enemigo; exploradores repartidos á lo largo del camino venían sucesivamente anunciando que llegaban las legiones samnitas y que ya distaban poco. Marchóse al encuentro del enemigo, y cerca de Lentula se trabó un combate que no fué decisivo. Ni las pérdidas ni la retirada de uno de los enemigos, sino la noche separó á los combatientes, ignorantes si eran vencidos ó vencedores. Algunos autores dicen que la desventaja fué de los romanos, y que en aquel combate pereció Q. Aulio, jefe de los caballeros. Nombrose en su lugar á C. Fabio, que llegó de Roma con nuevo ejército. Enterado por los mensajeros que envió de antemano al dictador acerca del sitio en que había de detenerse, del momento y el punto en que atacaría al enemigo, colocóse en emboscada después de tomar todas las medidas. El dictador, que durante muchos días después del último combate había tenido á sus soldados encerrados en las empalizadas, parecien-

do sitiados más bien que sitiadores, hizo dar de pronto la señal del combate; y persuadido de que nada era tan propio para inflamar el valor de hombres enérgicos como no dejar á ninguno otra esperanza que la de sí mismo, no habló á sus soldados del jefe de los caballeros ni de otro ejército, sino que como si no hubiese otro recurso que una salida, les dijo: «Soldados, sorprendidos como lo estamos en estrecho espacio, no tenemos otra salida que la que vamos á abrírnos con la victoria. Nuestro campamento está bastante defendido, pero podemos temer la escasez; porque en derredor nuestro, el país de que podíamos esperar víveres nos ha hecho traición, y aunque los habitantes quisieran ayudarnos, tenemos el terreno en contra nuestra. No os engañaré dejando aquí un campamento donde podáis, como anteriormente, retiraros sin haber terminado la victoria. Las armas deben proteger á las fortificaciones, y no las fortificaciones á las armas; que tengan campamento y se retiren á él los que puedan llevar despacio la guerra. Por nuestra parte, soldados, no tengamos otro recurso que la victoria. Marchad al enemigo, y en cuanto el ejército haya salido del campamento, los que han quedado encargados de ello que lo prendan fuego; vuestras pérdidas, soldados, las recompensará ampliamente el botín que vais á recoger en todos esos pueblos sublevados.» Esta arenga del dictador, indicando que estaban reducidos al último extremo, inflamó á los soldados, que cayeron sobre el enemigo. El campamento ardiendo, aunque según la orden del dictador solamente habían incendiado la parte más próxima, aumentó mucho el enardecimiento; así fué que, como arrebatados por el furor, al primer choque rompieron las filas enemigas. El jefe de los caballeros, al ver el incendio del campamento, que era la señal convenida, ataca con oportunidad al enemigo por retaguardia; y los samnitas, rodea-